

PRECIO EN MADRID.
 (Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
 Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.
 Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, prel.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

ADVERTENCIA.

Obras son amores y no buenas razones: GIL BLAS, sin haber prometido mejoras, sorprende hoy á sus lectores estrenando una elegante y clara fundición. Somos así; cuando de complacer á nuestros amigos se trata, ni el calor nos arredra, ni los gastos nos detienen. Con que, hasta otra.

Crónica.

Si no hubieran dicho tantos hombres que la fortuna es por naturaleza antojadiza y caprichosa, lo diría yo en vista de lo que está sucediendo entre nosotros. Busca un hombre de verdadero mérito el modo y forma de hacerse notable, emprende este camino, recorre aquel, deja el primero, toma el segundo, y va y viene, y vuelve, y no se da punto de reposo; todo inútilmente; ni consigue alcanzar á la fortuna, ni logra siquiera que en él se fijen con admiracion las miradas de los demás. Otro, por el contrario, sin pretenderlo, hállase de la noche á la mañana transformado en hombre importante, y las felicidades llueven sobre él hasta el extremo de agobiarle.

Yo sé, por ejemplo, de cierto pretendiente—no le nombraré, libreme Dios—que ha puesto en juego todos los recursos de que podía disponer; violentando su carácter, ha consumido un capital para subvencionar periódicos; ha viajado, ha publicado manifiestos, se ha dejado derrotar en unas elecciones para diputados, y nada, todo en vano. Hoy dice que se va, media hora despues dice que se queda, vuelve á la idea de irse, retorna á la de quedarse, se va por último, ó se queda, el resultado es el mismo; nadie le hace caso. Sus periódicos le defienden de ataques que ya nadie piensa en dirigirle; nadie se ocupa en leer esas defensas. Concibo la posibilidad de perder el juicio, y comprendo perfectamente los rumores (muy extendidos en estos últimos días) de que el candidato aludido habia perdido la razon, cosa posible sí, por ventura, alguna vez la hubiera tenido.

Pero si del aspirante, al trono en subasta, paso á los futuros súbditos del monarca futuro, he de ver necesariamente, por escasa que sea mi vista, la figura europea del Sr. Salazar y Mazarredo, conocido ayer por unos cuantos de sus colegas en el Congreso, célebre hoy en los más apartados rincones del mundo civilizado, como origen inmediato de la guerra franco-prusiana.

¿Quién hubiera dicho á este agente de la diplomacia especial del general Prim, cuando se dirigia con cierta moderacion á Berlin para tratar confidencialmente del asunto Hohenzollern, que en aquellos misteriosos viajes de un hombre oscuro—vamos al decir—se encerraba el germen de la guerra que hoy tiene alarmada á la Europa?

Y nada quiero decir del Sr. Madrazo que, modesto catedrático, solo consiguió ascender hasta el cargo de director de Instruccion pública, y que hoy asume, como quien no dice nada, toda la soberanía nacional repartida entre diez y seis millones de españoles.

Y la cosa es clara.

Las Cortes Constituyentes representan hoy—peor ó mejor, que esto no es ahora del caso—al pueblo por quien fueron elegidas y cuyos poderes han traído.

Por su parte las Cortes Constituyentes han delegado estas facultades, para este periodo de vacaciones, en la comision permanente.

Esta á su vez, en sesion celebrada hace algunos días con el fin de examinar la solicitud de los unionistas, trasfirió sus poderes á una subcomision.

La cual subcomision dió facultades á uno de sus individuos, el Sr. Madrazo, para estudiar esa solicitud; con que el Sr. Madrazo viene á ser hoy el único representante de España. Como si dijéramos, la persona de más importancia de la Península.

Y esto sin buscarlo, sin apeteerlo y sin humildes solicitudes.

¡Qué diferencia tan triste entre este resultado y el que logra el candidato antedicho!

A bien que, como el Sr. Madrazo ha de dar cuenta á la subcomision, y esta á la comision, y esta á las Cortes, y estas al país, la importancia relativa del antiguo catedrático será poco duradera; pero esta es la condicion precisa de todas las grandezas humanas; dígalo sino la grandeza del imperio francés, que, si las señales no *marran*, empieza á disminuir notablemente. Mal síntoma es en verdad que las naciones que en un principio se le manifestaron hostiles comiencen ya á presentarse más benévolas, temerosas acaso de que el engrandecimiento de la Prusia consiga alterar el equilibrio europeo.

Equilibrio que me parece gravemente amenazado, mal que pese á las habilidades diplomáticas de todas las cancillerías europeas. Y yo digo esto sin saber á qué atenerme; pues desde que el gobierno tuvo la caritativa ocurrencia de darme por sí mismo las noticias de la guerra, ignoro por completo lo sucedido.

Comprendo pues no he de comprenderla? la paternal solicitud del gobierno, y que para evitar que el interés particular, el vano capricho ó aviesas intenciones extravíen la opinion, publique en el periódico oficial las noticias exactas de los acontecimientos; pero lo que no puedo explicarme es que en un mismo día, y para sacarme de dudas y de ansiedades, me diga el gobierno: «El encuentro de Saarbrück fué muy grave.» «El encuentro de Saarbrück no tuvo importancia,» con cuyos datos quedo en la misma duda y en la expectativa misma que si el interés particular ó aviesas intenciones se hubiesen encargado de explotar mi inocencia.

Supongo que esta forma de enterar al público de lo que ocurre no se adoptará como definitiva; pero en tanto que el ministerio no discorra otra mejor, con esta habremos de contentarnos, como despues de la revolucion, y cuando tantas cosas habíamos pedido, hemos acabado por contentarnos con la continuacion de

las quintas, con la ley de orden público, con los derechos individuales cohibidos, con los estados de sitio, con el presupuesto del culto y clero católicos y con las economías ofrecidas.

Con esta idea de las economías, asóciase en mi imaginacion el recuerdo de los coches anejos hoy á tantos destinos. Ministros, subsecretarios, muchos directores, gobernadores, alcaldes, tienen y usan y hasta abusan (dicho sea con perdon) de sus coches respectivos.

No pretendo sostener que sea esto un mal, aunque tampoco afirmo que sea un bien: lejos de mí la intencion de pedir que se supriman los gastos de carruaje; pero veo en lontananza un espectáculo curioso si la afición á los coches prosigue en su natural desarrollo y crecimiento.

Antaño ni los ministros los usaban.

Ogano los ministros y los sub-secretarios y muchos directores lo tienen.

Dentro de poco tiempo se concederá carruaje á los ordenanzas.

Pasarán los años, y como las clases han de distinguirse en alguna cosa, así como, partiendo del ministro llegamos al portero del ministerio, habremos de retroceder desde el portero al ministro, y el portero tendrá su coche, y el escribiente dos, y el auxiliar tres, y así sucesivamente.

Y habremos llegado al caso de suprimir los sueldos.

Y los nombramientos se extenderán así por el monarca (que entonces lo habrá): «Vengo en nombrar para este ó el otro cargo á D. Fulano de Tal con el haber de tantos coches.»

Y en las cesantías se empleará la fórmula: «Vengo en declarar cesante á D. Zutano de Cual con los coches que por clasificacion le correspondan.»

Siempre ha sido el abuso el origen de las grandes reformas.

A. Sanchez Perez.

EL LIBRO DE CABALLERIAS.

Censura general está lanzada contra todos los que en libros de Caballerias se meten; pero ¿no es verdad que lo que pasa hoy en Europa es asunto pintiparado, sin quitarle ni ponerle, para libro de Caballerias?

Lo primero y principal en ese género de literatura, es que el asunto sea inverosímil.

Y cátense Vds. que en la guerra entre Francia y Prusia el fundamento no puede ser más caballeresco; porque hay el candidato prusiano para España, la renuncia del padre del candidato, la declaracion de que á Prusia le importaba un comino que ese candidato lo fuera ó dejara de serlo, la proclama de Napoleon diciendo á sus reclutas que van á pelear por una causa justa, el proyecto de tratado de Bismark, escrito de letra de Benedetti...

¿Quiéren Vds. algo más?

Luego, en todo libro de Caballerias ha de hablarse de grandes ejércitos.

Pues bien; me parece que 300.000 hombres en el triángulo que se apoya en Tréveris, 100.000 en la Selva Negra, 200.000 en Maguncia, 100.000 en el Scheswig, 80.000 en Berlin; Francia armada toda, Suiza armándose; Austria, Inglaterra, toda Europa

comprando fusiles, estudiando ametralladoras y cañones... ¿qué más se puede pedir por este lado?

Los hospicios de paz se convierten en hospitales de sangre; los matriculados de las universidades se convierten en batallones; las señoras se constituyen en tertulia para hacer hilas; los buques se cargan de piedras y se sumergen en el agua para impedir desembarcos; se arrasan los parques; los casinos se preparan para que sirvan de casas de socorro; la pacífica Suiza queda en un momento erizada de bayonetas...

¿Y los príncipes? ¿Quién ha visto jamás libro de Caballerías sin muchos magnates?

Pues ahora danzan á docenas por Europa los príncipes beligerantes de todas las razas, de todos los colores:

Duques soberanos, príncipes herederos de tronos, cardenales, príncipes, príncipes de ramas mayores, idem de idem menores, idem de origen reciente, príncipes ancianos, príncipes chiquillos: jamás se ha visto tanto movimiento de principerías como ahora.

Y digo: la casualidad y los efectos inesperados, que son también resortes propios de aquella literatura, tampoco puede decirse que hayan quedado desatendidos.

¿Qué más casualidad que declararse infalible al Papa de Roma, morir á renglón seguido varios obispos, retirarse entre tanto el ejército que el catolicismo sincero tenía empleado en sostenimiento y defensa del rey-sacerdote, romper Austria su concordato y tal vez ser cierto que haya formado pacto de alianza con Italia?

Y descendiendo á otros pormenores, la contradicción de los principales personajes, contradicción debida tal vez á un yerro de autor ó á mala inteligencia de los impresores, contribuye á dar carácter á los libros de que me voy refiriendo, y cierto que Luis Bonaparte diciendo en un capítulo á sus soldados que la campaña sería larga y penosa, y diciendo repentinamente en el otro capítulo á los soldados mismos que la campaña sería breve, parece que ha hablado á propósito para dejarme verdadero.

El incidente de la doncella menesterosa, es nuestra España con honra, que va cruzando mares y montes en busca de quien la ampare y proteja.

Los malandrines son los que prometieron abolir las quintas y las votaron; los gigantes son las enormes deudas que bajo su peso aplastan á los campeones, y los lagos de sangre se están preparando á estas horas.

No sé si habrá en la actual leyenda un Quijote. Si los prusianos dan primero fuerte, quizá el Quijote se llame Luis; si en vez de dar reciben, puede llamarse Guillermo; pero esto es lo de menos.

Los ejércitos ya se han encomendado á Dios; los cañones están apuntados; las mechas encendidas; el primer temblor se va calmando: aquí va á pasar algo gordo...

Buena situación para terminar un primer tomo... ¿Sí? Pues punto final.

Roberto Robert.

UNA EPÍSTOLA Á ROBERTO ROBERT.

Gil Blas, nuestros lectores lo saben, no es periódico de polémica; esto no obstante, defriendo á las amistosas súplicas de varios amigos y correligionarios nuestros, y para dar una prueba de imparcialidad, insertamos á continuación la carta que el Sr. Mesa y Leompert, antiguo republicano y emigrado en el vecino imperio durante los últimos años de la odiosa dominación moderada, dirige á nuestro querido amigo y estimado compañero de redacción Roberto Robert.

Conformes en mucha parte con la carta en cuestión, no lo estamos, sin embargo, con algunas consideraciones incidentales que en ella se contienen; prescindimos, sin embargo, de hacer comentarios para dejar á nuestro compañero Robert en libertad absoluta de contestar como le parezca más oportuno.

Véase ahora la carta á que nos hemos referido:

Al diputado republicano Roberto Robert.

Permítame Vd., querido amigo y antiguo correligionario, que, aun á trueque de pasar por su adversario político, ó cuando menos por su contrincante, salga hoy á la defensa de un pueblo hermano, injustamente maltratado por Vd. en su artículo titulado *El tratado secreto*, que publicó *Gil Blas* en 31 de ju-

lio último; las tradiciones de nuestro gran partido, tradiciones de union, de fraternidad y tolerancia por una parte, y por otra la circunstancia de ser Vd. representante del pueblo español, y como tal encargado de ilustrar y dirigir la opinión de sus representados, me impone este para mí imperioso deber.

No entraré á examinar el origen de ese terrible duelo que ha colocado frente á frente dos naciones igualmente poderosas, ni los móviles secretos que han podido guiar á los provocadores del conflicto; todo buen republicano, sea cual fuere su nacionalidad, debió reprobarlos; y en efecto, hemos visto á la democracia francesa hacer esfuerzos titánicos para evitar una guerra que solo puede dar por resultado el aumento de poder del despota vencedor. Mas una vez empeñada la lucha, una vez las legiones prusianas marchando á la frontera, ¿qué podía, qué debía hacer el pueblo de Francia? Alzarse unánime, sin distinción de opiniones ni partidos, y al grito mágico de *viva la república!* y á los sublimes acentos del himno inmortal de la revolución, sin poner la vista en las águilas imperiales que, *cual símbolo transitorio*, se posan en lo alto de sus banderas, lanzarse á defender el suelo sagrado de la patria, que es al mismo tiempo, no hay que dudarlo, el asilo de la libertad de Occidente. Esto ha hecho el pueblo francés, y afirmar lo contrario é interpretar de otro modo sus sentimientos, es ignorar lo que en la nación vecina acontece, es confundir lastimosamente al pueblo con su tirano, á la Francia con Napoleón.

Contrista ciertamente el ánimo ver á un hombre político de talla, á un diputado español, á un republicano de la vieja escuela, de la escuela que proclama como dogma la fraternidad y la solidaridad universales, fulminar el anatema contra un gran pueblo porque se ha dejado arrastrar á la guerra, que en el fondo de su corazón aborrece; pero que después de todo es la guerra á una nación fuerte, invasora, dominante, cuya política artera y desleal inspira fundada desconfianza á todas las demás naciones, y cuya victoria sería el triunfo en Europa del despotismo autocrático y feudal que en monstruosa amalgama constituye la base de las instituciones de la Prusia.

Al censurar tan inconsideradamente la conducta del pueblo francés, se olvida que es el mismo pueblo que tomó la Bastilla, que emancipó sus colonias, que proclamó los derechos del hombre, ese Evangelio de las generaciones modernas, y que lo sacrificó todo, hasta su propia libertad, por la libertad del mundo. ¿Y qué hacia entre tanto la Prusia, esa vanguardia europea del imperio moscovita? Combatía primero la república, combatía después el imperio; y ayudaba, finalmente, á fundar la Santa Alianza; y más tarde, como entonces y como siempre, egoísta y extraña á los intereses de los pueblos latinos, ha trabajado exclusivamente en pro de su engrandecimiento, sin tomar parte ni en nuestras alegrías ni en nuestros dolores, sin alentarnos en los días de desgracia ni alargarnos la mano en el momento del peligro.

Entre la nación dirigida hoy por Napoleón III y la nación gobernada por el conde de Bismark, la elección no puede ser dudosa para un español que sienta arder en su pecho el amor á la libertad, y que tenga conciencia de los intereses de su patria: porque detrás de Bismark está la Prusia, nación esencialmente militar, y está el partido feudal, el partido de la *Cruz*; en tanto que detrás de Napoleón hay una nación de ciudadanos y un gran partido que tiene escrito en su bandera este magnífico programa: *República de los Estados-Unidos de Europa*.

No se olvide tampoco que la Francia ha sido aun en nuestros días el campeón de las nacionalidades; que ella emancipó la Grecia é hizo esfuerzos heroicos por la libertad de la Polonia; que ella empujó al gobierno francés para que arrojase al austriaco de Italia, y le obligó después á retirar sus tropas de Méjico, cuya funesta expedición fué siempre impopular en Francia; que la causa de todo pueblo oprimido tiene siempre eco en aquella nación generosa, y últimamente, que daríamos prueba de insigne ingratitud desconociendo los inapreciables beneficios que en época no lejana recibimos de nuestros hermanos franceses, cuando errantes y proscritos llamamos á sus puertas pidiéndoles un asilo contra la persecución de que éramos víctimas en nuestra patria. ¿Pueden olvidar hechos tan recientes los que de agradecidos se precian? ¿Puede olvidar ningún español el cariño, las simpatías con que eran recibidos en todos los puntos de Francia los infelices desterrados? Y sobre todo, ¿es posible no recordar el grito de general entusiasmo que resonó en toda la Francia al saberse que habíamos expulsado de nuestro suelo la raza maldita de los Borbones? Jamás he presenciado espectáculo tan grande, tan sublime, tan maravilloso: un pueblo confundiendo en espíritu y en sentimiento con otro pueblo, estrechándole la mano al través de la frontera y tomando parte en su triunfo, en sus esperanzas, en su felicidad.

La Francia, es cierto, ha tenido sus épocas de abatimiento, casi de abyección; ha tenido lo que podíamos llamar la tristeza de los pueblos. ¿Pero tenemos nosotros derecho á tirarle la piedra; nosotros, que mandamos nuestros ejércitos contra la primera república; nosotros, que juntamos nuestras tropas con las tropas de Luis Napoleón en aquella expedición maldada que iba dirigida contra la república romana, pero cuya consecuencia final debía ser la muerte de la república francesa; nosotros, en una palabra, que llevamos aun en el cuello la señal del yugo vergonzoso de los Borbones?

Voy á terminar, mi querido amigo, insistiendo en una idea que más arriba he enunciado, y con la cual no puede Vd. menos de hallarse conforme; esto es, que aquí como en Francia, y como en las demás naciones de intereses y aspiraciones comunes, debemos separar constantemente, mientras dure el período monárquico, la causa de los pueblos de la de los gobiernos que les oprimen, y no hacer á aquellos responsables de las faltas de sus señores, más ó menos absolutos. De lo contrario, cometeríamos el error más grave y trascendental que es dado cometer á las democracias, separándonos y divorciándonos de los pueblos llamados á formar parte, tal vez en plazo muy breve, de la gran confederación libre de Europa.

Dejemos la política de recriminaciones y de insultos al pueblo francés para los partidarios de la candidatura exótica del Sigmaringen. Como supongo que ni á Vd. ni á sus liberales electores, mis bravos amigos los manresanos y tarraesenses, les interesa mucho la venida del príncipe prusiano espero que en comunión verdaderamente republicana discutirán este punto, mucho más importante de lo que á primera vista parece, y modificarán sus opiniones si así lo juzgan conveniente y oportuno.

De todos modos, cuente con la afectuosa amistad de su seguro servidor y correligionario,

JOSÉ MESA Y LEOMPART.

LA PRIMERA BATALLA.

Hay hombres que la han soñado ya siete veces. ¡La primera batalla!

¿Pensar que de un momento á otro podrá hablarse de centenares de muertos, de miles de heridos, de banderas cogidas; de un general á quien le habrán muerto el caballo; de un recluta que por su heroísmo habrá sido la admiración de los veteranos!

¿Dormirse ciertos hombres con la idea de que acaso al día siguiente ya podrán saborear la salsa de los brazos y piernas arrebatados por las balas de cañón, y que con ayuda de un periódico y un mapa, les será lícito figurarse desde larga distancia una gloriosa peipitoria humana!

Yo comprendo la inquietud y la actividad del rey Guillermo y sus hijos, así como me explico la de Luis Bonaparte, que son horniguitas para sus respectivas casas; pero el azoramiento y la impaciencia de los que en países remotos y ajenos por ahora á la guerra, viven hijadeando porque todavía no se han roto cosa alguna las masas armadas de franceses y prusianos, me revienta.

Hay hombre que solo espera la primera batalla para referirla con las variantes y añadiduras que tiene estudiadas.

No lo duden Vds.: á estas horas ya está inventada la primera mentira con que se ha de ensalzar el valor de una cantinera en medio de un grave conflicto entre los beligerantes.

Y de seguro, de seguro más de un corresponsal francés está perfeccionando cada día pacientemente el párrafo en que tiene determinado colgarle un milagro al príncipe imperial, deseando de todo corazón hallar una coyuntura propicia para ingerir un embuste en el relato de la primera batalla.

Casi sería vergonzoso para un Bonaparte, si quier lampiño, ir á una guerra y no sucederle algo melodramático; el corresponsal francés lo comprende así, y por esto le doy por pirrado para anticipar á sus lectores la fausta nueva, aun cuando no sea más que de una travesura que pueda ser indicio del arrojito que, andando el tiempo, ha de distinguir al imperial muchacho, arrojito que ha de ser la mejor garantía del futuro imperio, futuro imperio que no puede menos de ser considerado como inevitable poco después que se haya derrumbado la tercera república francesa.

¡La primera batalla!

¡Oh, qué de preciosos chascarrillos tienen ya preparados acerca de ellos los revisteros semanales de París!

¡Cuánta anécdota militar bien trasnochada van á reproducir como nueva y reciente para engatusar á los bobalicones del lector napoleónico!

Me atrevería á apostar que algún editor ya tiene á estas horas dibujada y grabada casi toda la lámina que ha de representar esa primera batalla, lámina en que han de abundar los cadáveres con casco de hombre, y las banderas, coronadas de águilas, enhiestas todas y triunfantes.

La primera batalla va á ser objeto de las especulaciones más villanamente mercantiles. Cuantos más soldados mueran en ella, mejor para los que se dedican á explotar los sucesos públicos.



—¿No tienen Vds. por allá algún amigo que quisiera venir á ocupar el trono?
 —¡¡¡Oh!!! Nosotros nunca hacemos el oso.

Estoy temiendo ya leer una asquerosa correspondencia, en que se diga que ha sido preciso moderar los belicosos ímpetus del príncipe imperial; porque todas esas sandeces, atribuidas á la régia chiquillería, aunque parezca broma, todavía hallan millares de gentes crédulas.

Todos los que van á las plazas de toros á ver al hombre que se traga los sables; todos los que en los juegos de manos se encuentran con, que, sin saber cómo, les han metido una carta en el bolsillo; todos los que leen el Bertoldo; todos los que se dejan arrancar muelas por el que va á caballo; todos los que en las ferias compran polvos para dorar toda clase de metales, esperan la primera batalla, precisamente para entusiasmarse con los incidentes comunes á todas las guerras... ¡Y no les parte un rayo!

Roberto Robert.

COMPANIA ESPAÑOLA

CABOSUELTOS

Tenemos entre nosotros la embajada china.
 Lo crítico de las circunstancias ha hecho que nadie se fije en ella.
 El martes asistirá á una corrida de toros: si, si, á ver si haciéndola presencia nuestros espectáculos cultos conseguimos civilizarla.
 No haga el demonio que á su regreso dé en la flor de comerse á la legación española.

Los cardenales están bufando de coraje contra el católico sincero.
 Los banqueros de Paris trinan contra el imperio, que es la paz, porque pone demasiadas trabas á sus operaciones.
 Los periódicos franceses rabian porque no se les permite publicar ciertas noticias.
 Los tenderos de la gran ciudad centralizadora ven con gran disgusto que se les encierra entre campamentos.
 La policía sigue rodeando, como desde hace veinte años, el sagrado cuerpo del emperador.

Diez mil duros ofrecen los prusianos de Ostorode á quien les entregue á Luis Bonaparte vivo ó muerto. Al menos vale, pero cuesta mucho más.

El entusiasmo por la guerra es cada dia mayor en Francia.
 De tal modo raya en frenesí, que ni un solo francés se ha presentado á tomar parte en la primera subasta para abastecer de carne al ejército.
 Esto arrebatata.

Una correspondencia de Vich, publicada en un periódico, dice que el cielo ha oído las rogativas de aquellos labradores, en prueba de lo cual les ha enviado agua y granizo.
 Pues señor, si granizo y agua pedían, á pedir de boca se les ha servido.

Dice *La Correspondencia*, que su candidato... (no hay que asustarse, que no le nombro) era aceptado por todos los partidos.
 Bien: yo no sé si lo era.
 Pero sé que no lo es.

Ya ha reanudado sus tareas la sociedad abolicionista de la esclavitud.
 Nombres que suenan bien en todos los oídos liberales se hallan unidos en la junta directiva.

Orense y Castelar, Fernando de Castro y Nicolás Salmeron, José Fernando Gonzalez y Alonso de Berraza, Labra y Vizcarrondo, y otros muchos que no enunciamos porque sería prolijo y porque habríamos de citar también el nombre del director de *Gil Blas* y esto podría parecer poco modesto.

Quando tantos intereses y tanta sangre se sacrifican á la guerra, nada más digno de la democracia que comenzar de nuevo con mas energía su misión de redención y de paz.

Sigan, sigan los abolicionistas sus laudables esfuerzos; buena es su causa, y los sacrificios hechos en pro de tan sagrada causa nunca son estériles.

El Puente de Alcolea quiere remedar al Supremo Hacedor.

Fiat lux, dicen que dijo el Criador, y la luz fue hecha.

Hágase el rey, dice *El Puente de Alcolea*, y sin embargo el rey no se hace.

Asegura el mismo diario que candidato no ha de faltaros.

Toma, ya lo creo, antes los tenemos de sobra.
 Ahí tienen Vds. á Carlos siete, Alfonso once, Pablo Macdelbourg y Angel primero.

He oído decir que lo del campamento de Chalons empieza á ponerse algo turbio.

A cada «viva... la república» suele contestar el correspondiente «muera... Napoleon.»

Esto podrá no ser exacto; pero, mire Vd., lo parece.

En una carta que acabamos de recibir se nos indica la conveniencia de plantear la candidatura de Pio IX para el trono de España.

La verdad es que la idea no es descabellada, ni mucho menos.

El nuevo candidato es mayor de edad.
De régia estirpe, espiritualmente hablando.
Y más católico no habíamos de encontrarlo.
Con que ¿quién mejor?
¿Qué tiene menos este candidato que otro cualquiera?

Hay el inconveniente, ya lo veo, de que Pio IX ni por sus años, ni por sus órdenes puede tener descendientes... *explicitos*, si así puede decirse; pero eso no importa; ese inconveniente está compensado con la ventaja de la infalibilidad. Él, como infalible, designará su sucesor, y será de seguro tan bueno como si el mismo Pio IX lo hubiese parido.

—¿Quién manda aquí? pregunta *El Tiempo*.
—¡Gonzalez Brabo, hombre, Gonzalez Brabo!

También dice *El Tiempo* que cada ministro tiene su camarilla.
Siempre lo mismo, compañero, siempre lo mismo.

Es digna de atención esta coincidencia:
No sabemos qué brigadier acaba de ser dado de baja en el ejército por desobediencia.
El clero español se compone de 18.000 individuos, y de estos solo 150 han jurado la Constitución.
No se sabe si han sido dados de baja los 17.850 restantes.
Me figuro que no.

¿Por qué ¡oh alcalde! consientes que interrumpa un lodazal la calle del Arenal, esquina á la de las Fuentes?

El príncipe imperial asistió á la primera función de guerra con el regocijo propio de las circunstancias.

Tan abundantes andaban por allí las balas, que le bastó alargar la mano para recoger una.
En seguida se la remitió á mamá por el correo.
Veteranos encanecidos en los campos de batalla lloraban de entusiasmo.
Creo que fué aquello desgarrador.

Las fincas inmediatas á París serán demolidas, sin que sus dueños tengan derecho á indemnización.
Otro apunte para una crónica de la guerra.
Si el emperador vuelve victorioso, ¿cuánto gozarán con sus triunfos los propietarios de las fincas destruidas!

Ellos podrán decir con el paciente Job:
«¡El Señor nos lo dió, el Señor nos lo quitó; hágase su santa voluntad!»
Nada hay más caro para los pueblos que la gloria de sus señores.

Hay hombres para todo.
Sé de un escribano que se ha permitido embargar á Cosme, obispo de Tarazona, con el fútil pretexto de algunos atrasos que el reverendo adeudaba.
¿Qué diablo de escribano! ¿Qué hubiera hecho él con el patriarca de las Indias?
Ande Vd., que buena excomunión le habrá caído encima.

Prosiguense con actividad las fortificaciones de París.
Eso, eso; rogativas y fortificaciones.
A Dios rogando y con el mazo dando.

Asegúrase que la emperatriz proyecta un viaje á Metz para despedirse otra vez del emperador.
Hay quien sospecha que va á interceder por el Papa.
Y es muy prudente en esto; en los casos de apuro conviene tener á mano los poderes espirituales.
A veces, lo que no alcanza una ametralladora, lo consigue una excomunión.

El rey de Italia piensa aliarse con Napoleon, según dicen.

El pueblo de Italia ha hecho manifestaciones anti-francesas en Génova, Pádua, Palermo, Milan, Turin y Nápoles. Es verdaderamente consoladora esta conformidad de miras que hay siempre entre los pueblos y los reyes.
¡Viva la monarquía!

Tú que te asustas de la amnistía;
tú que aplazas para otro día;
tú que recelas algún exceso
si antes de octubre vas al Congreso;
Dí, ¿no reparas
que esas tus dudas, siempre
te salen caras?

Ya tus amigos montpensieristas,
tienen sus huestes prontas y listas;
y si prudente sus planes calla
la unión que intenta dar la batalla,
Nada respeta,
ni aun... á los directores
de la *Gaceta*.

Sabe que todos tu calma admiran,
los que se aprestan, los que conspiran,
los que te buscan como un apoyo,
los que pretenden echarte al hoyo;
Y solo eres
el coco de los niños
y las mujeres.

Cuando presumes que predominas,
entre dos aguas, ciego caminas
sin norte fijo, sin cierto rumbo,
siempre amagado de dar un tumbo.
Darálo pronto,
no ya solo por malo,
sino por tonto.

La Ilustración y algunos otros periódicos de Madrid han insertado en sus columnas una relación curiosa del acto benéfico llevado á cabo por unos cuantos solterones caritativos.

El buen humor no está reñido, ni lo estuvo nunca, con el amor al prójimo: *Gil Blas*, por consiguiente, aplaudiendo sin reserva el rasgo de los solterones, recomienda la chocolatería de María Juana Portilla.

En la susodicha chocolatería, que se halla en el Parque de Madrid y que por cierto se titula de la Fuente de la Reina (*vide retro*), hay buen chocolate, leche fresca y magníficos bollos.

Imposible parece que debajo de tan mal nombre existan cosas tan buenas.
Con que, un aplauso á los solterones.
Y felicidades á María Juana Portilla.
Pidan Vds. otra cosa.

En el ducado de Baden se paga ya la libra de pan á más de dos francos y no se encuentra.
Allí sí que parecería oportuna la manifestación del hambre.
¡Delicias de la guerra!

Contra eso del hambre hay un consuelo, y es que no será la última desgracia.
Detrás del hambre viene la peste.
Detrás la ruina de muchas poblaciones.
Detrás... detrás... ¡bah! detrás de todo arcos de triunfo y coronas de laurel para el monarca victorioso.

Pueblos ¡oh pueblos! ahí teneis lo que cuestan vuestros amos.
Ya teneis algo que responder al que os pregunte: «¿Qué pedazo de pan os han dado cuando os conceden los derechos?»
¡Y en nuestra Constitución existe todavía el artículo 33!

Dice *La Correspondencia* que el miércoles comió el ministro de la Gobernación en casa del Sr. Blondel.
Me alegro.
Y celebraré que le haya sentado bien la comida.

Los efectos de la ametralladora, según noticias de origen francés, parece que fueron terribles.
Dicen que con este motivo los artilleros franceses estaban llenos de regocijo.
No es para menos el asunto.

La Correspondencia, después de referir, los ataques de nervios que ha padecido una señora á quien respetamos por su sexo y compadecemos por sus dolencias, dice al gobernador que la salud de las familias pende del *buen humor* de los vendedores de papeles.

¿Pero qué diablos quiere decir con eso *La Correspondencia*?

Hay naturalezas tan nerviosas que al más ligero ruido padecen.
¿Van á prohibirse los ruidos de todas clases?

Una palabra indiscreta, una frase imprudente, un aviso oficioso puede producir hondas perturbaciones en las familias.

¿Puede la autoridad evitar esto?
Contra las noticias falsas no hay más castigo que el descrédito de quien las da.

Contra las exageraciones del que vende no hay otro correctivo que el retraimiento del que compra.

El conserje del establecimiento de los baños de Archena se ha servido dirigirme una carta, en la que si yo no he comprendido mal, me llama comunista (¡qué horror!) y me dice que «maneja torpemente la más poderosa máquina de la civilización moderna.»

Sea como Vd. quiera, amigo mio, que ni yo me asusto por palabra de más ó de menos, ni mi torpeza tiene gran cosa que ver con el asunto de los baños.

¿Y por ser yo más torpe, será el propietario de los baños más caritativo?

También me dice el ciudadano conserje que el establecimiento se cierra todos los años, según disposiciones superiores, permaneciendo abierto dos temporadas.

Es exacto. Yo sabia eso; pero sabia también que todos los años, aun después de terminada la temporada oficial, continuaban los baños abiertos extraoficialmente.

Cuanto va que el conserje de la casa ignoraba esta inocente travesura del propietario.

Pues, mire Vd., algo de esto debían de saber los facultativos que, aun después de pasada la temporada oficial, enviaban á sus enfermos á los baños de Archena.

Por lo visto, ese dependiente no sabe lo que ocurre cerca de él.

¿Si tendré yo necesidad de referirselo?

¡Oh, pues como! me ponga á ello, he de contarle cosas que le sorprendan!

Aseguran de Pio IX que es muy aficionado al juego de billar.

Y hace bien, en algo habia de distraer sus ocios; y ¿en qué mejor?

Pero es el caso que declarada su infalibilidad no hay forma de que yerre un golpe.

De suerte que ha tenido precisión de privarse de su juego favorito.

Bien dicen luego que no hay atajo sin trabajo.

¿En qué va á pasar ahora su tiempo precioso nuestro padre comun, cuando no tenga nada que hacer?

Y esto de no tener nada que hacer le sucederá á menudo.

Claro; por desgracia, ocasiones de asesinar á Montis y Tognetti no son gangas ¡ay! que pueden pescarse todos los días.

Anteayer se descuelga *El País* con un articulazo que lleva por epígrafe «El candidato de la revolución.»

¿Otra vez cómo está Vd. y los chiquillos?

¡Canario! Pues esto es capaz de fastidiar á cualquiera.

Huele ya eso á puchero de enfermo.

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPANIA ESPAÑOLA
GRAN FÁBRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FÁBRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres; limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfección en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fábrica de la ESPAÑOLA.

Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razón y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.

La fábrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.